

informes del Archivo Técnico

Carlos R. Margáin: breve crónica de la razón utilitaria de trascendencia inmediata que da cuerda al mundo

Daniel Juárez Cossío*

La mayor parte de la gente ignora y evita las cosas que trascienden los límites de su entendimiento, tachándolas de irracionales e indignas de consideración.

Haruki Murakami, 1995.

En todo lo demás se han seguido las prácticas habituales en las reconstrucciones y ni un instante nos hemos desviado de la filosofía básica de ellas. Se buscó la belleza y la solidez, pero la norma principal de mis colaboradores, de la que no se apartaron un momento —y lo puedo decir con orgullo— fue la veracidad. Esa verdad sin la cual nada es válido, pues si mentimos no estaremos devolviendo a nuestro mundo un monumento del pasado y escribiendo una página perdida de su crónica, sino inventando un edificio que sólo serviría para malinformarnos sobre ese pasado. No sólo empañaríamos, sino falsificaríamos para siempre el espejo de la historia.

Ignacio Bernal, 1964.

Lo que hay en el centro del círculo

El 14 de septiembre de 1964 el entonces presidente de la República Mexicana, Adolfo López

pez Mateos, realizó una visita oficial para declarar formalmente inaugurados los trabajos de reconstrucción que a gran escala se llevaron a cabo en Teotihuacan durante su mandato. Este suceso no sólo protagonizó, una vez más, el aspecto ritual de las celebraciones realizadas con motivo de las fiestas de Independencia, sino que también se configuró simbólicamente como parte del proyecto cultural con el que culminó su gestión sexenal. Aquella semana del 12 al 20 de septiembre la dedicó casi de manera íntegra a la inauguración de importantes museos, algunos de carácter nacional: el del Caracol, el de Antropología, el Anahuacalli, el del Virreinato y el de Arte Moderno (Anónimo, 1994: 628).

De alguna manera, aquella visita también pareciera haber marcado el declive de un proceso en la historia de la arqueología mexicana. Su inicio lo podríamos situar, quizás, al comenzar la década de 1940, momento en el cual confluyeron diversos eventos, entre los que nos interesa destacar la creación del Instituto Nacional de Antropología e Historia y la Escuela Nacional de Antropología. Paralelamente a este proceso de “institucionalización” de la vida académica, se percibió también un marcado interés que privilegió la reconstrucción de la arquitectura prehispánica, por encima de los programas de investigación básica que previamente se venían desarrollado (Juárez Cossío, 2008: 188). Su tendencia más acabada se expresó, precisa-

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH [danieljuarez@hotmail.com].

mente, con la escenografía teotihuacana. Sitio que por su monumentalidad, parece tener un seductor influjo como símbolo de poder.

Apenas en 1937 había tenido lugar la fundación de la Sociedad Mexicana de Antropología bajo el estímulo de Paul Kirchhoff, recién llegado al país, aunque inevitablemente gravitó alrededor de la influyente figura de Alfonso Caso (Jiménez Moreno, 1979: 15). En opinión de Andrés Medina (1987: 16) su conformación favoreció la integración de la comunidad académica y configuró el marco para legitimar los problemas de investigación, así como los métodos empleados en su resolución. Para Juan Yadeun (1978: 171), con una posición más radical pero no exenta de cierta objetividad (y más allá de las críticas que en su momento suscitó el análisis que abordó respecto al impacto que tuvieron las Mesas Redondas en la arqueología mexicana), es un hecho que la Sociedad Mexicana de Antropología catalizó los intereses de un grupo que paulatinamente lograría apuntalar el control de la investigación antropológica dentro del aparato oficial. Así, para 1941 la Sociedad celebró su primera reunión de Mesa Redonda, cuyo eje de discusión giró en torno al problema de los toltecas frente a las fuentes históricas y su relación con Teotihuacan. Diversos investigadores coinciden en señalar que esta primera reunión marcó el inicio de estudios orientados hacia la descripción de rasgos culturales y construcciones cronológicas.

El Proyecto Teotihuacan dio comienzo en 1960 bajo la dirección de Jorge R. Acosta, con la excavación de algunos edificios situados en la plaza de la Luna, cuyos resultados según Ignacio Bernal (1963: 6), “[...] provocaron el entusiasmo de las autoridades hacia la exploración total (en cuanto ésta es debida)”. En 1962, con el apoyo presidencial y una partida de 17 millones de pesos, Ignacio Bernal tomó a su cargo el proyecto y mantuvo a Jorge R. Acosta como jefe de campo hasta principios de 1963, cuando éste último pasó a ocupar la jefatura del Departamento de Monumentos Prehispánicos.

En su colección *Memorias*, el INAH publicó la obra de Jorge R. Acosta con motivo de la visita presidencial. En ella se reflejaron los trabajos de

investigación y reconstrucción del Palacio del Quetzalpapálotl, cuyo programa inicial sirvió como detonante para que se otorgaran recursos al proyecto:

Esta temporada (1962) puede considerarse el pivote sobre el cual han girado todos los trabajos posteriores. [...] Durante este tiempo [...] se trabajó exclusivamente en el Edificio 5 y sus ramificaciones, que constituyen lo que después es conocido con el nombre de “Palacio de Quetzalpapálotl”, [...] Fue más o menos a la mitad de este lapso cuando llegó la grata e increíble noticia de que el gobierno federal había autorizado la inusitada cantidad de \$17.000.000.00 para las obras de Teotihuacan, [...] Se pasaron los últimos meses bajo una gran tensión nerviosa por los recientes acontecimientos: por un lado, el descubrimiento de un gran palacio teotihuacano que todavía estaba en proceso exploratorio, hizo que viniera un verdadero enjambre de periodistas y camarógrafos para dar a conocer al mundo el importante hallazgo. También se llevaron a cabo entrevistas de prensa, a fin de explicar los futuros trabajos, porque al fin se llegaba “la gran temporada” (Acosta, 1964: 13).

Finalmente cristalizaba el sueño tan vehementemente acariciado desde 1959 por Ignacio Bernal y Jorge R. Acosta (1997: 575). En aquel entonces el primero se desempeñaba como jefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos, cuando de manera conjunta elaboraron el ambicioso proyecto para explorar Teotihuacan: “[...] en una escala jamás soñada hasta esa fecha en México” (Acosta, 1964: 11). En este programa también se contemplaron las exploraciones de Uxmal, Tajín y Xochicalco, todas ellas con presupuestos generosos. Sólo había que aguardar pacientemente y seguir escudriñando el horizonte hasta que ocurriera la conjunción favorable.

Encuentro en Teotihuacan: Carlos R. Margáin y Pedro Armillas

Con esta viñeta pretendemos introducir la lectura del trabajo que nos ocupa: “Las reconstrucciones en arqueología” de Carlos R. Margáin, cuya copia mecanoscrita se conserva en el Ar-

chivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología. Conviene recordar que también se publicó como parte del homenaje que se rindió a Alfonso Caso en 1951, durante sus “primeros veinticinco años como investigador”, en ese su largo andar por la antropología mexicana (Comas *et al.*, 1951: 8). La elección que hicimos sobre las reconstrucciones en Teotihuacan, como marco de referencia, no es fortuita, pues con ellas inició un proceso de reflexión desde donde se cuestionaron las formas del quehacer antropológico. Por otra parte, Carlos R. Margáin participó en algunas de las excavaciones que se realizaron en Teotihuacan durante la década de 1940, al lado de Pedro Armillas y Jorge R. Acosta entre muchos otros investigadores. También efectuó trabajos de reconstrucción en Atetelco bajo la dirección de Agustín Villagra Caletí e incluso, por esos años, se desempeñó como director de la zona.

En “Las reconstrucciones”, Carlos R. Margáin elaboró una especie de exposición de motivos, que fue a la vez un llamado de atención a los detractores de Alfonso Caso. Quizás lo dedicó a uno en particular, y suponemos que ese fue Pedro Armillas, como expondremos a lo largo de este trabajo. Para ello, intentaremos bosquejar el perfil de ambos investigadores y los escenarios en que se desarrollaron, pues no aspiramos a profundizar en su obra. El artículo de Carlos R. Margáin expone dos “tesis”, por llamarlas de alguna manera, que guían su argumentación, en franca alusión a la línea trazada por el “maestro Caso”: “la razón utilitaria de trascendencia inmediata y la razón trascendental básica”. La primera, pretende justificar la obtención de recursos mediante la promoción de reconstrucciones y hallazgos espectaculares. La segunda, de tesitura autocomplaciente, justifica las reconstrucciones para transmitir al “gran público” el mensaje legado por los pueblos del pasado.

Conviene recordar que con la creación del INAH, en 1939, Ignacio Marquina fue designado jefe del Departamento de Monumentos Prehispánicos, cargo que ocupó hasta 1943. Entre las actividades que desarrollaba el naciente Departamento, además de la custodia de las

diferentes zonas abiertas al público, se realizaban no sólo programas de investigación sino también la atención a denuncias. Por aquellos años, Jorge R. Acosta inició las exploraciones en Tula, mientras que Ignacio Marquina seguía —mediante la excavación a partir de un sistema de túneles— las diferentes etapas constructivas en el basamento de Cholula. Es en este contexto cuando nos encontramos con el primer reporte del entonces pasante de la carrera de arqueología (Carlos R. Margáin), fechado en 1941. Su primera comisión fue inspeccionar la zona de El Cerrito en Querétaro y evaluar la posibilidad de abrir el sitio para el turismo. Los informes de esta visita, tratados de manera epistolar con Ignacio Marquina, permanecieron inéditos hasta su reciente publicación en el número 35 de esta revista (Margáin, 2005). Una muy breve síntesis de los resultados obtenidos en aquella época, se presentó durante la tercera reunión de Mesa Redonda celebrada en 1943, la cual se ocupó de los problemas sobre el norte de México y sur de Estados Unidos (Margáin, 1943).

Ese mismo año de 1941 también entró a escena Pedro Armillas, quien se inscribió en la Escuela de Antropología y obtuvo, dada su formación como ingeniero artillero durante la Guerra Civil Española, el nombramiento de profesor de topografía en la misma escuela. El primer trabajo que desarrolló, a instancias de Paul Kirchhoff, fue el levantamiento de la fortaleza de Oztuma en Guerrero, cuyo estudio dio a conocer en una conferencia sustentada ante la Sociedad Mexicana de Antropología en julio de ese mismo año, la cual se publicó en el órgano de difusión de la Sociedad: la *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*.¹ Esta labor le valió el reconocimiento de Alfonso Caso, quien interesado en el sitio de Cacaxtla, promovió su comisión para elaborar la topografía del lugar con miras a realizar futuras exploraciones. De aquella segunda experiencia se conservan dos informes en el Archivo Técnico, los cuales se publicaron en una antología sobre Cacaxtla lle-

¹ Cfr. *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, SMA, México, t. VI, núm. 3, 1942-1944, pp. 165-175.

vada a cabo por Ángel García Cook y Leonor Merino Carrión (1995; Armillas, 1995a; 1995b), junto con un artículo sobre los olmeca-xicalanca (Armillas, 1946), donde sintetiza sus observaciones durante el trabajo de campo y reflexiona sobre el problema, desde el análisis de las fuentes históricas.

Tras concluir el levantamiento, Pedro Armillas (1987: 119) fue contratado como ayudante de Eduardo Noguera para excavar el juego de pelota en Xochicalco. Al año siguiente, bajo la tutela y los objetivos trazados por Alfonso Caso, inició sus primeras actividades en Teotihuacan, con recursos de la Viking Fund, en un conjunto de edificios cercano a la Pirámide del Sol y al cual se le conoce, precisamente, como el Grupo Viking, que se caracteriza por sus “pisos” de mica. El propósito de las exploraciones era localizar ofrendas y tumbas, dada la disposición de los edificios que parecían evocar a los de Monte Albán (Armillas, 1991a: 77; 1991b: 206). La búsqueda resultó infructuosa; sin embargo, sus trabajadores le informaron que en un terreno cercano, conocido como Tepantitla, el dueño descubrió restos de pintura mural mientras horadaba el terreno para sembrar magueyes. Poco tiempo después, Alfonso Caso logró identificar en estas pinturas el Tlalocan: “A partir de entonces las excavaciones de Teotihuacan estaban dirigidas a descubrir más pinturas, pinturas, pinturas. Era lo importante, lo que determinaba el trabajo” (Armillas, 1987: 123).

En efecto, Pedro Armillas recordaba que el descubrimiento de la pintura mural en Tepantitla, despertó una enorme expectativa y motivó la búsqueda de más testimonios de esta naturaleza. Ello condujo al hallazgo del complejo de aposentos conocido como Tetitla en 1944, de cuyas paredes se había saqueado un enorme mural. La exploración inicial de este último conjunto se confió a Carlos R. Margáin, quien al año siguiente fue comisionado para realizar un viaje a Colombia, Ecuador y Perú, razón por la cual Pedro Armillas se reincorporó a Teotihuacan en 1945, donde además también se hizo cargo de los trabajos en Atetelco (Armillas, 1991b: 212; Séjourné 1956-1957: 15).

La restauración de la pintura mural descubierta desde ese entonces (primero en Tepantitla, luego en Tetitla y posteriormente en Atetelco) quedó bajo la responsabilidad de Agustín Villagra Caletí (Armillas, 1991b: 208), y éste a su vez encomendó a Carlos R. Margáin el proyecto para reponer la cubierta “original” del pórtico para protegerlas (Villagra, 1997a: 555). En el informe que Agustín Villagra Caletí rindió en 1951 sobre la restauración de Atetelco, señaló que desde el comienzo de los trabajos observó la posibilidad de reconstruir no sólo la capa pictórica, sino también la arquitectura, ya que durante la exploración de conjunto se localizaron diversos elementos del coronamiento primitivo, con lo cual fue posible elaborar el proyecto de restauración incluyendo su techo original, mismo que finalmente construyó Carlos R. Margáin (Villagra, 1997b: 568; 1952; 1955).

Algunos años más tarde, en agosto de 1966, durante la XI Mesa Redonda, cuya temática centró su atención en el valle de Teotihuacan, Carlos R. Margáin (1966) presentó su ponencia: “Sobre sistemas y materiales de construcción en Teotihuacan”,² la cual resume parte de aquella labor. La Mesa fue presidida por Ignacio Bernal, quien pronunció el discurso inaugural y ofreció una visita a la exposición *Descubrimientos en Teotihuacan*. La sesión de arqueología fue la más nutrida, pues en ella se presentaron los informes de los trabajos recientes en Teotihuacan, tanto por el INAH entre 1962 y 1964, así como los encabezados por René Millon y William T. Sanders. Se generó también una gran polémica en torno a los resultados de ambos grupos.

La ponencia de Carlos R. Margáin constituyó una mirada retrospectiva, referida a los trabajos efectuados en Atetelco a casi 15 años de distancia. Más allá del examen que presenta sobre apoyos, cubiertas y espacios que configu-

² Esta ponencia sintetiza dos de los nueve capítulos que Carlos R. Margáin (1966) presentó bajo el título: “El funcionalismo arquitectónico en el México prehispánico”, como tesis para obtener el grado de maestro en ciencias antropológicas por la ENAH.

ran su análisis arquitectónico, llaman la atención las notas a pie de página indicadas con los números 5 y 6. En ellas nos menciona que:

[...] **por primera vez**³ fue posible encontrar toda evidencia, todos los datos necesarios para conocer con exactitud el sistema utilizado por los teotihuacanos para cubrir sus construcciones. Lo descubierto coincidió en gran parte con lo que, desde hace tiempo, se había **supuesto**. La gran cantidad de datos que fue posible rescatar para determinar todos los detalles referentes a la techumbre de los edificios, así como otros muchos más, se obtuvieron gracias al cuidado y minucia con que se hicieron los trabajos (Margáin, 1966: 163).

En la siguiente nota nos revela:

Todos los datos relacionados con los techos de las estructuras descubiertas y reconstruidas en Atetelco, fueron localizados en relación con las del sistema del Patio Blanco. [...] Obsérvese cómo en las ilustraciones que pertenecen al sistema del Patio Blanco no se han colocado cubiertas, precisamente por no haberse obtenido ningún dato al respecto. Claro está que no es ninguna consideración inadecuada el presumir y aceptar que el sistema de techamiento fue exactamente el mismo en los dos sistemas estudiados. Sin embargo, con objeto de presentar solamente ilustraciones que **vayan de acuerdo con los datos obtenidos en las exploraciones**, nos ceñimos estrictamente a elaborar y mostrar sólo aquellas sobre las que se obtuvieron los datos necesarios para poder hacerlas (Margáin, 1966: 164).

Todo pareciera indicar que la reconstrucción de las cubiertas en Atetelco —al igual que ocurría en Palacio de las Columnas en Mitla, como veremos más adelante— en realidad significó el preámbulo que allanó el camino para la reconstrucción total del palacio del Quetzalpapálotl. Al menos es la lectura que entre líneas podemos desprender del trabajo de Jorge R. Acosta:

Antes de tratar sobre las reconstrucciones de los edificios que acabamos de describir, queremos explicar al lector las razones que tuvimos para llevar a cabo esta obra a un grado mucho más adelante de lo que generalmente se hace en este tipo de trabajo en el Centro de México. Es decir, elevar los muros a su máxima altura y colocar un techo imitando el original (Acosta, 1964: 38).

³ Las negritas son de Carlos R. Margáin.

Para justificar esta posición, estableció además una comparación con la arquitectura maya, donde el desarrollo de la bóveda permite calcular con cierta precisión la altura de los edificios. Sin embargo, prosigue:

Pero en el Centro de México la situación es muy distinta, debido a la mala calidad de las construcciones, que por lo general se hallan muy destruidas, quedando los muros de escasa altura y, a veces, solamente se ven las huellas sobre el piso. Por esta razón los arqueólogos del centro han trabajado con mucha cautela en sus reconstrucciones debido, justamente, a la falta de datos arquitectónicos. Esta es la razón por la cual las paredes se levantan hasta una altura aproximada de dos metros, con el fin de dar una idea de la estructura. Las únicas excepciones se han presentado en Teotihuacan, donde en un lugar llamado Tetitla se elevaron los muros varios metros para soportar un techo moderno a fin de proteger las pinturas murales que se encuentran en la parte inferior de ellos. Lo mismo se hizo en Atetelco; pero en ninguno de estos casos se pretendió que fuera la reconstrucción de un techo antiguo.⁴

Ahora bien, en el palacio del Quetzalpapálotl nuestro proyecto era mucho más ambicioso, ya que se trataba de hacer una restauración total del edificio, colocando un techo de madera y mamostería lo más apegado posible a los antiguos.

Nuestra intención no era un capricho, sino una obligación, en vista de que existían todos los datos necesarios para hacerla. Las exploraciones llevadas a cabo con mucho cuidado nos dieron un sin fin de datos arquitectónicos que no conocíamos antes y que justificaban una reconstrucción total.

Desde luego no teníamos todos los antecedentes, pero sí un 80% de ellos, pudiendo sacarse los que faltaban por analogía con otros lugares o de las representaciones de templos indígenas pintados sobre las paredes y, en última instancia, se podía resolver el problema por medio de la deducción, cuando no hubiera otro camino que seguir. Debo decir que en muy pocas ocasiones tuvimos que recurrir a este recurso (Acosta, 1964: 38).

Una nota a pie de página en el cuerpo del texto, indicada con el número 44, confirma la pretendida justificación para la reconstrucción

⁴ El subrayado es nuestro. Contrasta sensiblemente la opinión de Jorge R. Acosta con la expresada, párrafos más arriba, por Carlos R. Margáin respecto a la pretensión de reconstruir un techo antiguo.

total. En ésta se informa, por ejemplo, sobre la “fidelidad” del trabajo llevado a cabo por Lorenzo Gamio en el Palacio de las Columnas de Mitla en 1962, basado en un proyecto de Alfonso Caso; así como la reconstrucción de Santa Cecilia realizada por Eduardo Pareyón. Esta afirmación no es del todo exacta, y nos referimos concretamente a Mitla, pues Santa Cecilia merece, en efecto, una “oración fúnebre” como lo sugirió Daniel Schávelzon (1990: 168). No hubo tal “fidelidad” en la reconstrucción del techo del Palacio; el proyecto no fue la propuesta original que presentó Alfonso Caso y finalmente el trabajo se programó desde 1951 y se concluyó hasta enero de 1955.

Al respecto, conviene recordar que Alfonso Caso presentó su propuesta para techar el Palacio de las Columnas en Mitla ante el XXVII Congreso Internacional de Americanistas, apoyado en fuentes documentales del siglo XVI (Juárez Cossío, 2008: 185). Al año siguiente, en 1940, Agustín Villagra Caleti fue comisionado para hacerse cargo del proyecto.

En su informe, Agustín Villagra Caleti (1940) estableció cinco consideraciones para poder llevar a cabo la reconstrucción de la cubierta. Primero, señaló la necesidad de enrasar los muros a su altura original. Segundo, indicó que no era factible techarlo con materiales originales, por lo que propuso construir una losa de concreto. Tercero, opinó que en la mayoría de las construcciones prehispánicas, la madera de las cubiertas no era visible y mencionó diversos ejemplos. Así que presentó dos alternativas: colocar la losa directamente sobre los listones que delimitan las grecas, o bien disponer una cama de morillos que sólo serán aparentes y no cargarán la losa. Cuarto, apuntó la necesidad de acondicionar tragaluces para iluminar el interior, aún cuando éstos no hubiesen existido. Finalmente, el cálculo de la losa debería realizarlo un arquitecto o ingeniero, pues él no se consideró la persona más adecuada para llevar a cabo el trabajo.

El intento por techar el Palacio de las Columnas en Mitla permaneció en reposo una década. En agosto de 1951 Eduardo Noguera, jefe de Prehispánicos, solicitó a Lorenzo Gamio, res-

ponsable de la zona arqueológica de Mitla, que le enviara las medidas del Palacio para hacer los cálculos necesarios y proceder al techado, quien rápidamente respondió a la petición. Dos años más tarde, en marzo de 1953, Eduardo Noguera encargó a Carlos R. Margáin, quizás por su experiencia en Atetelco, un presupuesto, no un proyecto, para construir la cubierta del Salón de las Grecas: “[...] procurando que éste sea de acuerdo con las características antiguas”.⁵ Al mes siguiente, éste le respondió con la propuesta elaborada por el ingeniero Benjamín Pérez Eguiarte.

Rápidamente se logró la aprobación del presupuesto y se remitieron los fondos necesarios a Lorenzo Gamio. Paralelamente se les comunicó, tanto a Carlos R. Margáin como a Benjamín Pérez Eguiarte, que el dinero estaba a su disposición en Mitla y que ambos estarían a cargo de la obra, razón por la cual debían iniciarla de inmediato. Para el mes de mayo, Ignacio Marquina, entonces director del INAH, preguntó a Eduardo Noguera sobre el avance del trabajo, pues la temporada de lluvias se acercaba y era necesario techar el edificio, señalando también que: “[...] esta obra va a despertar muchas críticas por lo que debe ser precedida de una serie de noticias en la Prensa tanto de México como de Oaxaca, en las que se explique por qué se va a hacer la reconstrucción de esta manera”.⁶

Durante el tercer trimestre de 1953 hubo un intenso intercambio de oficios, *memorandums* y telegramas entre Eduardo Noguera y Lorenzo Gamio, que involucraron inclusive a otras autoridades del INAH, por el retraso de la obra. Esta situación se debió a que este último no podía conseguir los permisos en la Delegación Forestal de Oaxaca, para cortar los morillos que se requerían. El problema finalmente se resolvió

⁵ Dirección de Monumentos Prehispánicos. Correspondencia entre Eduardo Noguera y Carlos R. Margáin, el 6 de marzo de 1953, en “Expediente de la zona arqueológica de Mitla, Oaxaca. Exploración y conservación”, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología.

⁶ Dirección de Monumentos Prehispánicos. Correspondencia entre Ignacio Marquina y Eduardo Noguera, el 6 de mayo de 1953, en “Expediente de la zona arqueológica de Mitla, Oaxaca. Exploración y conservación”, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología.

casi al finalizar el mes de agosto de 1953. En ese momento, Eduardo Noguera le indicó a Carlos R. Margáin que todo estaba arreglado y que debía iniciar la obra lo antes posible. Sin embargo, en un comunicado de finales de noviembre, Lorenzo Gamio, muy afligido, telegrafió al Departamento de Monumentos Prehispánicos que Carlos R. Margáin aún no se presentaba en Mitla. Lamentablemente desconocemos los detalles de tan perturbador asunto. No sabemos si finalmente Carlos R. Margáin se presentó a supervisar la obra, o bien si el ingeniero que efectuó los cálculos estuvo presente durante el armado y colado de la losa. Lo cierto es que el disciplinado Lorenzo Gamio informó el 8 de enero de 1955, casi como regalo de Reyes, sobre la conclusión del techo.

Lo que se cae del borde del mundo

Ya desde 1944, al poco tiempo de haberse creado la ENAH, logró establecerse un convenio de cooperación con la Smithsonian Institution, dirigida por Julian H. Steward, para desarrollar diversos programas de investigación en el campo de la antropología aplicada:

Since 1944, the Institute of Social Anthropology, of the Smithsonian Institution, has been engaged in a program of active collaboration with the Escuela Nacional de Antropología e Historia, which is a branch of México's Instituto Nacional de Antropología e Historia. The scientific aims of this cooperative project are twofold: to train students of the Escuela, both in the classroom and in the field; and to add to our knowledge of the native and rural populations of México (Kelly, 1952: IX).

Dentro de estos programas participaron algunos estudiantes como Pedro Carrasco y Gabriel Ospina, quienes se incorporaron al proyecto que George M. Foster⁷ había iniciado con Ralph L. Beals⁸ en la región lacustre de Pátzcuaro; o bien Ángel Palerm quien colaboró al lado

de Isabel Kelly en el Tajín. Por su parte, Robert C. West, miembro del equipo en Michoacán, impartió un curso sobre “paisaje cultural”, al cual se inscribió Pedro Armillas y cuyas prácticas se realizaron en la zona chinampera de Xochimilco. De esta experiencia derivó su trabajo “Las chinampas de México. Poesía y realidad de los jardines flotantes”, que apareció en la revista *Cuadernos Americanos*.

En 1946, tras esta intensa experiencia con el grupo de profesores —muchos de ellos formados dentro del funcionalismo estructural que Alfred R. Radcliffe-Brown impulsó en la Universidad de Chicago— y tras su desencanto con los apoyos institucionales, Pedro Armillas (1987: 128) solicitó la beca Guggenheim, misma que le fue otorgada. Iniciaba así un nuevo itinerario, guiado por el interés de conocer museos, sitios, investigadores y nuevos enfoques en la disciplina. Así llegó a la Universidad de Columbia. Al año siguiente lo vemos reincorporarse a Monumentos Prehispánicos, que en ese momento dirigía Eduardo Noguera, y a seguir impartiendo sus cursos en la ENAH.

José Luis Lorenzo recuerda que al regresar de Columbia, Pedro Armillas contempló: “[...] el enano panorama de construir pirámides bajo el nombre de arqueología, costumbre que aún perdura (Lorenzo, 1991: 23)”. Antes de ese viaje, según comentó el mismo José Luis Lorenzo, Pedro Armillas veía una forma de hacer arqueología, que fue precisamente la que estableció Alfonso Caso: matizada por una suerte de “anticuarismo” encarnado en la *belle pièce*.

Otro suceso habría de sumarse al año de 1946, mismo que marcó el sendero de Carlos R. Margáin: el controversial descubrimiento de los murales de Bonampak, ya que en 1949 éste se sumó a la expedición organizada por el Instituto Nacional de Bellas Artes, siguiendo los pasos de Agustín Villagra Caletí. Decimos que fue controversial, pues conforme al reporte de Karl Ruppert (Ruppert *et al.*, 1955: 9), John G. Bourne indicó que el primero en visitar el sitio fue un chiclero de la localidad de nombre Acasio Chan, quien en febrero de ese año él y José Pepe Chambor accedieron a conducirlo al lugar, en compañía de Carl Herbert Frey. Al mes si-

⁷ Cfr. George M. Foster, *Tzintzuntzan*, México, FCE, 1972.

⁸ Cfr. Ralph L. Beals, *Cherán: a Sierra Tarascan Village*, Washington, D.C., Smithsonian Institution/Institute of Social Anthropology (Publicación núm. 2).

guiente informaron el descubrimiento a Enrique Juan Palacios, director de Monumentos Prehispánicos.

En su relato, Giles G. Healey recordó haber llegado a la región desde 1944, contratado por la United Fruit Company para realizar un documental sobre los lacandones en la laguna Miramar y el lago Pethá. Aseguró también que en mayo de 1946, él y José Pepe Chambor descubrieron los murales y rápidamente se lo notificaron a Alfred V. Kidder (Greene Robertson, 1980: 3).

Pero más allá de la controversial polémica sobre a quien adjudicar la paternidad del hallazgo, como de ordinario suele ocurrir, nos interesa destacar las diferentes expediciones efectuadas para la documentación de las pinturas. Como recordaremos, estos testimonios se transformaron en una fuente invaluable para la arqueología de la época. Así, en julio, Giles G. Healey regresó con Antonio Tejeda para tomar fotografías y copiar un fragmento de los murales. Este primer reporte permitió obtener fondos para una segunda expedición, la cual se realizó a finales de 1947 bajo la dirección de Karl Ruppert, a quien Gustav Strömsvik, Eric S. Thompson y Antonio Tejeda ayudaron como representantes del Carnegie Institution, así como Agustín Villagra Caletí por parte del INAH, que ya de alguna manera contaba con la experiencia teotihuacana. Al año siguiente, 1948, se continuaron los trabajos para terminar de copiar las pinturas, ahora bajo la dirección de Gustav Strömsvik, acompañado nuevamente por Antonio Tejeda así como los dibujantes Hipólito Sánchez Vera y Agustín Villagra Caletí (Ruppert *et al.*, 1955: 10; Greene Robertson, 1980: 4).

El hallazgo de las pinturas había despertado una gran expectativa, así que Fernando Gamboa, entonces director del Museo Nacional de Bellas Artes, organizó en abril de 1949 una muy nutrida expedición a Bonampak, de cuyos integrantes, casi ninguno había participado en una empresa de esta naturaleza, ni en un medio tan adverso. Ésta quedó a cargo de Julio Prieto y en ella participaron los doctores Luis Lara Pardo y José Puig, el arquitecto Alberto T. Arai, los pintores Raúl Anguiano y Jorge Olvera, el fotogra-

fo Manuel Álvarez Bravo, Andrés Sánchez Flores, el periodista Arturo Sotomayor, redactor del diario *Novedades*, Luis Morales camarógrafo del Noticiero Mexicano, el grabador Franco Lázaro Gómez, agregado de último momento y nuestro arqueólogo Carlos R. Margáin (1972). Dicha expedición es recordada por la trágica muerte de Carl H. Frey y Franco Lázaro Gómez, ahogados en el río Lacanhá (Anguiano, 1959). De aquella experiencia casi todos los integrantes publicaron sus memorias, incluido Carlos R. Margáin (1972), quien se limitó a repetir algunos de los planteamientos esbozados por Sylvanus G. Morley en su obra *La civilización Maya*.⁹ Con todo, el trabajo más atractivo fue el del arquitecto Alberto T. Arai (1960), cuya edición se hizo de manera póstuma. En él abordó aspectos relacionados con el urbanismo, la arquitectura y los sistemas constructivos que observó en Bonampak. Su trabajo puede resultar interesante.

Si bien los resultados de ambas expediciones (la de la Carnegie Institution y la del INBA) contrastaron sensiblemente, no debemos perder de vista que el trabajo en el primer caso fue guiado por el interés arqueológico, mientras que en el segundo fue de orden estrictamente estético. Así lo consignó Carlos R. Margáin en un escrito que apareció publicado en 1950, en lo que dio en llamar sus “sugerencias histórico culturales” (*cf.* Margáin, 1950)

Epílogo

La reunión de la Mesa Redonda celebrada en Xalapa en 1951 marcó una distancia profunda entre Pedro Armillas y un sector de la antropología mexicana encabezado por Alfonso Caso. Carlos R. Margáin pertenecía a ese sector.

En aquel encuentro dedicado a los “Huastecos, totonacos y sus vecinos”, Pedro Armillas y Ángel Palerm presentaron un trabajo sobre la economía del Veracruz prehispánico, que no entregaron para su publicación. Con toda seguri-

⁹ La primera edición en español la publicó el FCE en 1947. En su Diario, Raúl Anguiano asegura que llevaba esta obra como libro de cabecera.

dad participaron en la misma mesa donde William T. Sanders (1953) dio a conocer el suyo, “The Anthropogeography of Central Veracruz”. En este último se destacaron dos planteamientos: de un lado, establecer la relación entre el hombre y su medio; del otro, comprender el papel desempeñado por las diversas áreas geográficas en el desarrollo de la civilización.

Para Juan Yadeun, este trabajo representó una fractura con el resto de los que se presentaron en aquella Mesa, centrados fundamentalmente en las acostumbradas descripciones cerámicas, análisis de rasgos y construcciones cronológico culturales. Juan Yadeun también destacó la contribución de William T. Sanders en cuanto a la definición de “áreas”, las cuales, conforme a sus características geográficas y potencial agrícola permitirían sugerir densidades poblacionales. Bajo esta perspectiva, el trabajo intentó reconstruir la demografía prehispánica a partir de documentos históricos y etnográficos. Al parecer, Gordon F. Ekholm acogió con entusiasmo el trabajo, no así Ignacio Bernal, quien, en opinión de Juan Yadeun (1978: 156), lo ignoró dentro de la relación de estudios importantes en su discurso de clausura.

Si bien compartimos parcialmente la crítica de Juan Yadeun, su última afirmación es inexacta. En efecto, durante la relatoría de la Mesa ofrecida por Ignacio Bernal como discurso de clausura, y aunque no lo menciona de manera explícita, señaló:

Muy interesantes datos aportó la sección de antropogeografía no sólo dividiendo la región en áreas climáticas sino haciendo lo que me parece un fundamental ensayo, apenas iniciado en México, de los diferentes tipos de agricultura en relación con la población, demografía y desarrollo cultural (Bernal, 1953: 544).

Paralelamente, también hizo referencia al trabajo de Pedro Armillas:

Se trataron además una serie de problemas de tipo teórico algunos de primera importancia como el mencionado por Armillas, aunque es claro, su solución y aun discusión completas, no pueden caber dentro del marco forzosamente limitado en tiempo, de un congreso (Bernal, 1953: 547).

Pero el aspecto fundamental que nos interesa destacar de aquella Mesa Redonda, de aquella discusión académica, fue que derivó en una ríspida confrontación personal entre Pedro Armillas y Alfonso Caso. Años más tarde, el propio Pedro Armillas recordó la situación que prevaleció en aquella reunión, durante la entrevista que le hiciera Jorge Durand en Zamora:

La razón de mi salida de México fue que me había peleado con el mandamás que era Caso. [...] una vez que Caso intervenía y tomaba una posición ahí se acababa la discusión. Lo que decía Caso se aceptaba, aunque fuera a regañadientes, [...] en la mesa redonda de Jalapa en 1951 sobre totonacas y olmecas, el joven Sanders que había venido a México y, en fin, yo le había aconsejado sobre la tesis y su preparación, presentó un trabajo de interpretación ecológica, sobre diferencias socioculturales, demográficas, en la costa del golfo y el altiplano, muy impresionante. [...] Ya para entonces, yo había renunciado a mis puestos en México y ya no podía volver. Lo mismo le pasó a Kirshhoff, que vio cerrarse las puertas por diferentes razones y no regresó a la Escuela de Antropología (Armillas, 1987: 139).

En el homenaje que se rindió a Pedro Armillas por su sentido deceso en 1984, algunos oradores recordarían este enfrentamiento en aquella, ya lejana reunión. En dicho acontecimiento, Eduardo Matos señaló que Alfonso Caso impulsó una corriente cuyos aportes más significativos fueron la elaboración de tipologías cerámicas, aunque caracterizada por la falta de referentes teórico metodológicos, técnicas deficientes de excavación y una marcada tendencia hacia la reconstrucción de la arquitectura prehispánica (Matos, 1991: 52). Por su parte, Carlos Navarrete también hacía eco de la misma crítica:

[...] el pensamiento y la acción de Caso —los que ejercieron el poder antropológico después de él, han sido caricaturas de poder—, separó la antropología e dos instancias: la de los indios vivos y la de los muertos, quedándole al INAH la custodia de los segundos. [...] los pretensos arqueólogos nos empapábamos de una arqueología anticuaria, cuyos grandes momentos nacionalistas, reflejados en los trabajos de Monte Albán habían pasado (Navarrete, 1991: 34).

Bajo esta perspectiva, el texto que presentamos, “Las reconstrucciones”, se inscribe en un escenario de disensión. Quizás esta breve crónica de un momento de la historia de nuestra disciplina nos ayude a entender las razones que motivaron a su autor, Carlos R. Margáin, para incluirlo en el homenaje a Alfonso Caso en 1951. No resulta aventurado sugerir entonces, que tras la ruptura entre Pedro Armillas y Alfonso Caso —en el marco de la Mesa Redonda de Xalapa—, y como telón de fondo el homenaje que se le tributó al maestro, las baterías de Carlos R. Margáin quedaron enfocadas hacia el grupo contestatario, hacia quienes cuestionaban esa forma peculiar de hacer arqueología, cuya voz, la más templada, fue la de Pedro Armillas...

No debemos perder de vista que si bien el objetivo del trabajo de Carlos R. Margáin consistió en exponer algunos conceptos sobre las implicaciones de la reconstrucción, a lo largo del texto no se expresan, ni medianamente, algunas de las ideas que permeaban el ambiente respecto a los problemas de conservación arquitectónica. Al respecto, conviene recordar las ideas contenidas en la Conferencia Internacional de Atenas celebrada en 1931, así como las emitidas por la Carta Italiana del Restauo de 1932, en las cuales participó Gustavo Giovannoni, uno de los alumnos más distinguidos de Camilo Boito. Por cierto, casi todos ellos arquitectos.

Por el contrario, en un tono de incierto sabor irónico, Carlos R. Margáin sustenta dos “tesis”, al parecer ambas producto de sus reflexiones personales, tras escuchar la expresión de un colega a quien calificó como “experto en reconstrucciones”, quien además juzgó que dicha labor sólo se hacía para los tontos.

Su primera tesis la denomina “la razón utilitaria de trascendencia inmediata”, y en ella alude a que los arqueólogos se ven “obligados” a generar hallazgos espectaculares que les permitan allegarse fondos para poder dar continuidad a su trabajo “científico”: “Como esto lo entiende la masa, el Gran Público, entonces los personajes de la Fundación de marras quedan grandemente satisfechos [...] y ellos mismos se

encargan nuevamente de influir para que se sigan destinando más cantidades para los trabajos arqueológicos.” A la manera de un espejo de virtudes, hace referencia a una conocida anécdota, mediante la cual el “maestro Caso” logró obtener fondos para proseguir con sus trabajos en Monte Albán, suscitados con el hallazgo de la Tumba 104.

A su segunda tesis le llama “la razón trascendental básica”, y ésta nos indica que la finalidad del trabajo arqueológico es dar a conocer los resultados de la investigación a través de la reconstrucción de los edificios, para que éstos transmitan el “mensaje cultural que contienen los restos materiales dejados por el hombre del pasado”.

Desde aquellos lejanos tiempos hemos visto el desarrollo de numerosos proyectos coyunturales que parecen seguir atendiendo las “tesis” sustentadas por Carlos R. Margáin. También seguimos viendo trabajos de reconstrucción a gran escala sin atender en lo más mínimo la “Teoría del restauo”. A manera de reflexión final, valdría la pena compartir una crítica muy puntual, que al despuntar la década de los años setenta expresó Augusto Molina Montes:

En las últimas décadas se ha dado una exagerada [e] indebida primacía a la “reconstrucción” como fin y meta [...] de proyectos oficiales de la arqueología mexicana. [...] Sin embargo, a pesar de los numerosos trabajos de reconstrucción [...] ha habido muy poco interés en los aspectos teóricos y conceptuales de la restauración [...] (Molina, 1975: 5).

Bibliografía

- Anónimo
1994 [1964]. “Programa de actividades de los invitados especiales del Gobierno de la República a las inauguraciones de los museos nacionales”, en Roberto Gallegos Ruiz (coord.), *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, México, INAH, pp. 628-629.
- Acosta, Jorge R.
1964. “El Palacio del Quetzalpapálotl”, ponencia presentada en la Decimoprimer Mesa Redonda de Teotihuacan, México, SMA/INAH.

1966. "Una clasificación tentativa de los monumentos arqueológicos de Teotihuacan", ponencia presentada en la Onceava Mesa Redonda de Teotihuacan, México, SMA/INAH, pp. 45-55.
- Anguiano, Raúl
1959. *Expedición a Bonampak*, México, IIE-UNAM.
 - Arai, Alberto T.
1960. *La arquitectura de Bonampak*, México, INBA.
 - Armillas, Pedro
1946. "Los olmeca-xicalanca y los sitios arqueológicos del suroeste de Tlaxcala", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, SMA, t. VIII, núms. 1, 2 y 3, pp. 137-145.
 - 1987. "Entrevista de Jorge Durand a [...]", en José Luis de Rojas (ed.), *La aventura intelectual de Pedro Armillas*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 111-152.
 - 1991a [1944]. "Exploraciones recientes en Teotihuacan", en Teresa Rojas Rabiela (ed.), *Pedro Armillas: vida y obra I*, México, CIESAS/INAH, pp. 77-98.
 - 1991b [1950]. "Teotihuacan, Tula y los toltecas. Las culturas post-arcaicas y pre-aztecas del centro de México. Excavaciones y estudios, 1922-1950", en Teresa Rojas Rabiela (ed.), *Pedro Armillas: vida y obra I*, México, CIESAS/INAH, pp. 193-231.
 - 1995a [1941] "Informe del levantamiento topográfico de la zona arqueológica de Cacaxtla", en Ángel García Cook y Leonor Merino Carrión (comps.), *Antología de Cacaxtla*, México, INAH, vol. I, pp. 49-67.
 - 1995b [1941]. "Cacaxtla, Xochitécatl y otros lugares de la zona arqueológica del suroeste de Tlaxcala", en Ángel García Cook y Leonor Merino Carrión (comps.), *Antología de Cacaxtla*, México, INAH, vol. I, pp. 67-72.
 - Bernal, Ignacio
1953. "Discurso pronunciado en la sesión de clausura del Congreso Mexicano de Historia y de la Quinta Mesa Redonda de Antropología", en Ignacio Bernal y Eusebio Dávalos Hurtado (eds.), *Huastecos, totonacos y sus vecinos*, México, SMA, t. XIII, núm. 2 y 3, pp. 541-548.
 - 1962. *Bibliografía de arqueología y etnografía. Mesoamérica y norte de México, 1914-1960*, México, INAH (Memorias del INAH), t. VII.
 - 1963. *Teotihuacan. Descubrimientos, reconstrucciones*, México, INAH.
 - 1964. "Discurso", en *Boletín*, núm. 17, México, INAH, pp. 2-7.
 - Bernal, Ignacio y Jorge R. Acosta
1997 [1959]. "Programa de inversiones extraordinarias de la Dirección de Monumentos Prehispánicos. Noviembre de 1959", en Roberto Gallegos Ruiz (coord.), *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, México, INAH, pp. 628-629.
 - Caso, Alfonso
1947. "Proyecto para la reconstrucción del techo, en el Palacio de las Columnas de Mitla", en XXVII Congreso Internacional de Americanistas. Actas de la Primera Sesión, celebrada en la ciudad de México en 1939, México, INAH-SEP, vol. II, pp. 188-209.
 - Comas, Juan, Eusebio Dávalos Hurtado, Manuel Maldonado-Koerdell e Ignacio Marquina (comps.)
1951. *Homenaje al doctor Alfonso Caso*, México, Nuevo Mundo.
 - Gallegos Ruiz, Roberto (coord.)
1997. *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, México, INAH.
 - García Cook, Ángel y Leonor Merino Carrión (comps.)
1995. *Antología de Cacaxtla*, 2 vols., México, INAH.
 - García Moll, Roberto
1982. *Índice del Archivo Técnico de la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH*, México, INAH (Científica, 120).
 - Greene Robertson, Merle
1980. "The Giles G. Healey 1946 Bonampak Photographs", en Merle Greene Robertson (ed.), *Third Palenque Round Table, 1978. Part 2*, Austin/Londres, University of Texas Press, pp. 3-44.
 - Jiménez Moreno, Wigberto
1979. "Vida y acción de Paul Kirchhoff", en Barbro Dalhgren (coord.), *Mesoamérica. Homenaje al doctor Paul Kirchhoff*, México, INAH-SEP, pp. 11-25.

- Juárez Cossío, Daniel
2008. “El reglamento para las exploraciones arqueológicas de 1957”, en *Arqueología*, revista de la CNA-INAH, núm. 37, enero-abril, pp. 180-197.
- Kelly, Isabel y Ángel Palerm
1952. *The Tajim Totonac. Part I. History, Subsistence, Shelter and Technology*, Washington D.C., Smithsonian Institution/Institute of Social Anthropology (Publicación núm. 13).
- Lorenzo, José Luis
1991. “Pedro Armillas”, en Teresa Rojas Rabiela (ed.), *Pedro Armilla: vida y obra I*, México, CIESAS/INAH, pp. 5-29.
- Margáin, Carlos R.
1943. “Zonas arqueológicas de Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes y Zacatecas”, en *El norte de México y el sur de Estados Unidos*, México, SMA, pp. 145-148.
- 1951. “Las reconstrucciones en arqueología”, en Juan Comas et al., *Homenaje al doctor Alfonso Caso*, México, Nuevo Mundo, pp. 251-261.
- 1966. “Sobre sistemas y materiales de construcción en Teotihuacan”, ponencia presentada en la Onceava Mesa Redonda de Teotihuacan, México, SMA/INAH, pp. 157-213.
- 1950. “Los mayas ayer y hoy: Bonampak”, en *México en el Arte*, México, INBA-SEP, núm. 9, pp. 37-54.
- 1972 [1951]. *Los lacandones de Bonampak*, México, SEP (SepSetentas, 34).
- 2005 [1941]. “Correspondencia de [...] sobre la zona de El Cerrito, Querétaro”, en *Arqueología*, revista de la CNA-INAH, núm. 35, enero-abril, pp. 193-204.
- Matos Moctezuma, Eduardo
1991. “Presencia de Pedro Armillas en la arqueología mexicana”, en Teresa Rojas Rabiela (ed.), *Pedro Armillas: vida y obra I*, México, CIESAS/INAH, pp. 51-57.
- Medina Hernández, Andrés
1987. “La antropología mexicana: proyección a futuro”, en *Tula y los tolteca. I Reunión de Mesa Redonda* (versión mimeografiada), México, SMA, edición conmemorativa publicada durante la celebración de la XX Mesa Redonda de Antropología, pp. 1-33.
- Molina Montes, Augusto
1975. *La restauración arquitectónica de edificios arqueológicos*, México, INAH-SEP (Científica, 21).
- Navarrete, Carlos
1991. “Pedro Armillas y la Escuela Nacional de Antropología: 1952-1956”, en Teresa Rojas Rabiela (ed.), *Pedro Armillas: vida y obra I*, México, CIESAS/INAH, pp. 31-42.
- Rojas, José Luis de (ed.)
1987. *La aventura intelectual de Pedro Armillas*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Rojas Rabiela, Teresa (ed.)
1991. *Pedro Armillas: vida y obra*, 2 tt., México, CIESAS/INAH.
- Ruppert, Karl, J. Eric S. Thompson y Tatiana Proskouriakoff
1955. *Bonampak, Chiapas, Mexico*, Washington, D.C., Carnegie Institution of Washington (Publicación 602).
- Sanders, William T.
1953. “The Anthropogeography of Central Veracruz”, en Ignacio Bernal y Eusebio Dávalos Hurtado (eds.), *Huastecos, totonacos y sus vecinos*, México, SMA, t. XIII, núms. 2 y 3, pp. 27-78.
- Séjourné, Laurette
1956-1957. “Estudio del material arqueológico de Atetelco, Teotihuacan”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, SMA, t. XIV, núm. 2, pp. 15-23.
- Schávelzon, Daniel
1990. *La conservación del patrimonio cultural en América Latina. Restauración de edificios prehispánicos en Mesoamérica: 1750-1980*, Mario J. Buschiazzo (ed.), Buenos Aires, FADU-U de Buenos Aires/IAAIE.
- Villagra Caletí, Agustín
1952. “Teotihuacan. Sus pinturas murales”, en *Anales del Museo Nacional de México*, México, Conaculta-INAH/Fundación MAPFRE-TAVERA, t. V, pp. 67-74.

1955. “Trabajos realizados en Teotihuacan: 1952”, en *Anales del Museo Nacional de México*, México, Conaculta-INAH/Fundación MAPFRE-TAVERA, t. V, pp. 69-78.

1997a [1951]. “Las pinturas de Atetelco en Teotihuacan”, en Roberto Gallegos Ruíz (coord.), *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, México, INAH, pp. 553-563.

1997b [1951]. “Informe que rinde el dibujante[...] al INAH, sobre los trabajos de reconstrucción, copia y conservación de las pinturas murales descubiertas en Teotihuacan durante los años de 1942 a 1951”, en Roberto Gallegos Ruíz (coord.), *Antología de documentos para la historia de la arqueología de Teotihuacan*, México, INAH, pp. 563-573.

• Yadeun, Juan

1978. “Arqueología de la arqueología”, en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, SMA, t. XXIV, núm. 2, pp. 152-207.

Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología

Dirección de Monumentos Prehispánicos.
Expediente de la zona arqueológica de Mitla,
Oaxaca. Exploración y conservación. B/
311.32(Z72-2)/1

• Villagra, Agustín

1940. *Informe sobre la reconstrucción del techo en El Palacio de las Columnas de Mitla*, Oaxaca, t. XC, 716-1.